

## VANIDAD

DE ALGUNAS MADRES DE FAMILIA EN OSTENTAR VIRTUDES.

Las mejores cualidades se hacen odiosas cuando se quieren imponer, aprovechando todas las circunstancias para procurarse los elogios y la aprobacion de los demás: nada nos hiere tanto interiormente como la especie de violencia moral que pretende hacer á nuestra admiracion la persona que ostenta continuamente sus perfecciones. No sin cierta repugnancia se suele reconocer una superioridad de inteligencia y de carácter, siendo indispensable la fuerza de la evidencia para que obtengan completo asentimiento los elogios que se hacen de las cualidades ajenas.

Este sentimiento, que en tan alto grado existe en la sociedad, suele manifestarse tambien en la familia. Mas de una madre, queriendo imponer la conviccion de su superioridad á los que la rodean, se extralimita, y produce por torpeza de su vanidad un efecto muy diferente del que se proponia obtener: en semejante caso, no es de creer que un marido tenga muy viva inclinacion á entusiasmarse por las cualidades de su muger.

Si esta disposicion se encuentra en algunos optimistas, no será la dominante; pues el hábito de ver muy de cerca á las personas, con sus caprichos y rarezas, con sus debilidades, y, puesto que es necesario decirlo, con sus defectos, no predispone á las ilusiones: por lo mismo es tambien bastante difícil, en semejante caso, hacer justicia á las indisputables cualidades de las personas con quienes se vive. Muchas virtudes no pueden revelarse sino en ocasiones raras, mientras que los defectos se manifiestan continuamente, y jamás carecen de circunstancias para ofrecerse aun á las mas vagas miradas. Un marido está, pues, en la mejor situacion para conocer los defectos de su muger y para no hacerse, por su cuenta, ni aun las ilusiones mas aceptables: con tal disposicion de espíritu, ¿creeis que tenga un gran de-

seo de oirla hacer incesantemente el elogio de sus perfecciones?

¿Creeis que la dejará en toda ocasion gloriarse de su paciencia, de su dulzura, de su amor al orden y á la justicia, y sobre todo de su abnegacion? La abnegacion es, en efecto, la virtud de que mas gala se hace. Todo el mundo tiene la mania de estar poseido de ella, — sobre todo los egoistas; — es un manto de púrpura que cada uno quiere echar sobre las debilidades y los cálculos de una vida demasiado personal. Aun en los momentos en que no se piensa sino en sí misma, y en que se sacrificaría muchos años de la felicidad de sus hijos á algunas horas de distraccion, se alaba con una elocuencia que parece llena de fé todos los milagros de la propia abnegacion; se extasia en sí misma, se dan gracias á Dios por haber dado tanta fuerza y valor, y se habla con desden de las personas que nada saben hacer para el cumplimiento de sus deberes mas sagrados. Se diria de buena gana, como el fariseo del Evangelio, alabándose de virtudes quiméricas: — No me contento con meditar sobre la severidad de mis obligaciones, sino que todo lo sé hacer para cumplirlas. Sé imponerme todos los disgustos, todos los sacrificios y todas las privaciones, para hacer felices á los seres queridos que el cielo me ha confiado. Comprendo toda la grandeza de mi papel de madre, y jamás retrocedo ante las obligaciones rigorosas que me impone. — He aquí lo que decís para vos en vuestras piadosas meditaciones; lo cual es bastante para que os alimenteis de ilusiones, para que os creais una santa, comparable á los anacoretas y á los mártires, y sobre todo para que desprecieis soberanamente al género humano; á este pobre género humano, que tiene la desgracia de no ser como vos.... Sin embargo, cuanto menos conformes son vuestras acciones á vuestro programa, y menos observais las bellas máximas de que haceis gala, mas crece la irritacion en derredor vuestro: nada enoja tanto como la vanidad impotente, como la vanidad ciega, como la vanidad egoista. Mientras haceis alarde de vuestras virtudes



como un pavo real que muestra al sol cada una de sus plumas tornasoladas, la oposicion, — todos los gobiernos tienen su oposicion, — con pérfida sagacidad, hace el inventario de todos vuestros defectos, de todas las debilidades y de todos los cálculos mal disimulados de vuestro egoismo, y compara al retrato lisonjero trazado por vuestra mano, una fotografia de una cruel semejanza. He aquí el provecho mas evidente de todos vuestros disimulos. Habeis alimentado en el fondo de los corazones un sordo descontento que aprovechará todas las ocasiones para estallar; os habeis conducido como una persona falsa ó imbécil; y, — lo que es irreparable en vuestra situacion, — habeis comprometido vuestra influencia respecto á vuestro marido y á vuestros hijos.

Separándoos de las reglas de la modestia cristiana, habeis olvidado las de la prudencia humana. En el seno de la familia, nada tan inhábil como el fastuoso aparato de virtudes heroicas desmentidas á cada instante por una manera de obrar vulgar y egoista. Continuamente en contradiccion consigo misma y con sus propias máximas, se procede como los gobiernos que hablan sin cesar de economías, y disipan de mil maneras los tesoros de la patria; que hablan de libertad, y no tienen otros procedimientos que la corrupcion del despotismo. Menester es no dar á los súbditos el espectáculo de semejantes inconsecuencias, si se quiere dejar en la frente de la autoridad la aureola que debe siempre coronarla. Hacer el bien sin énfasis, sin vanidad y con la buena y natural sencillez que el corazon de una madre debiera siempre aconsejar, ¿no es la mejor manera de inspirar á todos la conviccion de que se obra en su favor y de que el pensamiento de hacer su felicidad es el pensamiento dominante? Las obras son mucho mas propias para convencer que las palabras; la vanidad es casi siempre el indicio de un alma que siente su impotencia para el bien, y que quiere disimularla á sus propios ojos como á los de los demás, por medio de artificios ingeniosos que solo ilusionan á las personas que los inventan.

La modestia es mas cristiana y mas razonable. En vez de gloriarse de los maravillosos resultados que obtiene, reconoce sobre todo el bien que no ha podido realizar, y se muestra siempre dispuesta á lanzarse con nuevo ardor en la carrera de la actividad, de la paciencia y de la abnegacion. De esta manera no se adormece despues de triunfos quiméricos, sino que trabaja cada dia para asegurar la suerte futura de la familia, cumpliendo al mismo tiempo con celo infatigable sus deberes mas sagrados. Tal es la intencion profunda del Evangelio, recomendándonos el espíritu de humildad, que tantas razones, por otra parte, nos deberian aconsejar. El puesto que ocupamos en este inmenso universo es tan modesto, nuestra vida tan frágil y tan corta, nuestras imperfecciones tan visibles, y nuestros esfuerzos para mejorar nuestro carácter tan raros y tan débiles, que es menester una gran dosis de insensatez y ceguedad para considerarse como un objeto digno de la admiracion del género humano. Alguna reflexion, la experiencia de la vida y el conocimiento de nuestros caprichos, deberian preservarnos muy luego de semejantes pretensiones: cuanto mas nos estudiemos á nosotros mismos, menos dispuestos estaremos á considerarnos como seres privilegiados y mejor ocuparemos, con apacible resignacion, el modesto lugar que el Cielo nos asigna en la tierra.

En algunas mugeres, mas sagaces ó con menos personalidad que aquellas de que acabamos de hablar, la vanidad es mas astuta. No las oireis hablar de sus cualidades ó de sus virtudes; pero no por eso creais que se imponen mayor reserva. Cuando no se atreven á alabarse á sí mismas, sus hijos serán el asunto predilecto de que el orgullo de ellas se apodere. Esta inagotable materia ofrece las explicaciones mas fastidiosas para un público que se interesa medianamente en estos negocios de familia. A pesar de esta indiferencia que se manifiesta con poco disimulo, estas madres obstinadas no se cansan de alabar, con la misma difusa elocuencia, el espíritu de actividad y la inteligencia de sus hijos, los encantos y virtu-



des de sus hijas, y en fin, todos los favores con que el Cielo quiso, segun dicen ellas, embellecer su graciosa prole. Desgraciadamente, las personas que sufren sin gusto estas molestias, acaban por repetir que los elogios que hacen sus oídos á cada instante, son probablemente el resultado de un cálculo mas ó menos hábil; se atreven á afirmar que la inteligencia de los hijos es muy problemática; que su sabiduría no es mas que estupidez, y que las virtudes y encantos de las hijas solo existen en la imaginación de la madre; menester es no perder jamás de vista que el mundo se inclina siempre á descubrir todos los cálculos de la vanidad, aun aquellos que parecen mejor disimulados: suele pensar como aquel ateniense, que detestaba á Aristides porque oía llamarle siempre — *el justo*. — El mundo es muy ateniense, es decir, poco visionario, mal sufridor y nada dispuesto á recibir, sin exámen, lo que se quiere que acepte como palabra de Evangelio.

El único medio de librarse de sus golpes, es no evadirse jamás de las reglas severas de la modestia, no buscar sus elogios, ni llamar nunca su atención: si esta sencillez de existencia no atrae las miradas de los espíritus frívolos, conquista á la larga la estimación de las personas honradas.

### COLEGIOS.

Hay una edad en que la educación no distingue los sexos para la dirección de la infancia; porque las diferencias en el ejercicio de sus facultades, manifestación de sus inclinaciones y carácter, y aun preferencia en los juegos, son apenas perceptibles y no merecen cuidados, ni mucho menos sistemas especiales. Pero mas tarde, cuando en el curso natural del tiempo se advierten marcadas diferencias, surge desde luego la necesidad de bien distintos sistemas para el niño y para la niña, por muy ligeras consideraciones á que nos obliguen el orden moral y psicológico de cada sexo, sin tomar

en cuenta razones bien importantes de otro género, que no es del caso exponer.

El sistema que ordinariamente se adopta, se desenvuelve sobre la instrucción, que viene á ser en nuestros hábitos sociales y familiares como el objeto y el medio único de educación, al cual se subordinan todos los demás que en su vasto horizonte se comprenden; porque apareciendo, tanto en la niña como en el niño, una tendencia ostensible á entregarse á sí mismos, reservándose muy principalmente de sus padres y de todas las personas caracterizadas de la familia, se cree inexcusable, hasta cierto punto, ponerlos bajo la dirección de agentes extraños que, debiendo hacerlos responsables de sus actos como educadores, se cuidan mas especialmente de la instrucción como profesores.

Pero las familias mas acomodadas de todos los países del mundo que, convencidas de la importancia de la educación y primera enseñanza la buscan quizá por medios equivocados, separan, no solo los dos sexos entre sí para realizarla, sino la influencia directa de la familia de todos sus cuidados y prácticas, utilizando los establecimientos de instrucción llamados colegios, y entregando á ellos por completo la educación y enseñanza de sus hijos. Esta separación de la familia, que es la primera de la vida, dura sin interrupción algunos años, y es el principio de una casi emancipación moral del individuo en época harto prematura y peligrosa, por lo que no en vano es objeto de estudio y discusión detenida entre los hombres mas eminentes que han concedido á la educación toda la importancia social que realmente tiene.

Al ocuparnos hoy nosotros de la grave cuestión de colegios, no vamos á resolverla, ni mucho menos á esforzarnos en que nuestra opinión, aunque harto depurada por largos años de observación y práctica, sea seguida por los padres que en interés de la educación de sus hijos saben sacrificar gustosos una buena parte de su fortuna, amargos desvelos y sacrificios. Intentamos solo exponer en muy breves aserciones el fruto exquisito de la meditación de



aquellos que, habiendo consagrado á este asunto trascendental largas y preciosas meditaciones, han procurado dar á conocer, ó hacer notar al menos, todos los beneficios que para una esmerada educacion pueden reportar los colegios, así como los inconvenientes y peligros que encierran. Hemos preferido este trabajo al de resolver la cuestion por nuestro propio criterio, porque al remitir al juicio de nuestras lectoras hechos y verdades innegables en uno y otro sentido, creemos dar una prueba irrefutable de nuestra prudencia y pagar un tributo debido al respeto que se merece la solicitud paternal que sigue la una ó la otra senda en busca del bien mayor, el tesoro mas inextinguible que puede dar á sus hijos en la tierra.

La entrada de un niño ó una niña en un colegio de educacion y enseñanza es un momento solemne en que la familia rompe los tiernos lazos de amor filial y paternal, por medio de una separacion, ante una resolucion de conveniencia para el porvenir de los hijos. Pero antes que llegue ese momento para las madres que, inquietas por la educacion de sus hijas, están sin embargo temerosas por la privacion de sus caricias, y que consideran dura para sus hijos la separacion, lo es aun mas para ellas, veamos lo que de la vida colegiada de la infancia han dicho sus mas sensatos partidarios, reasumiendo sus pensamientos.

A pesar de la impopularidad á que el amor maternal condena la vida del colegio, esta es siempre justa, saludable y muchas veces necesaria. Pero no debemos engañar por esto la ternura maternal con la exageracion de las delicias, goces, juegos y nacientes placeres con que el colegio brinda á la infancia; porque jamás diremos, como algunos, que el tiempo que se pasa en él es el mas bello de la vida. Nó: la vida del colegio es laboriosa y desagradable para los niños y las niñas; condiciones por las que es sin duda alguna buena. Preciso es reconocer y confesar las tristezas que engendra; no olvidar las largas horas en que la vista se fija sobre el libro y otros varios instrumentos y objetos del trabajo, y que entretanto la imagi-

nacion vuela al hogar doméstico, á la madre, al padre, los hermanos, y á los sitios donde lucieron los primeros albores de la vida. Pero el colegio, por los mismos dolores que causa, prueba mejor los caractéres, los temple, modifica, y es la escuela de las grandes virtudes. Estad seguras, os dicen, de que vuestros hijos no se verán rodeados de los peligros imaginarios que os hayan hecho temer: la vida del colegio les será siempre dulce y tranquila; al entrar en ella, no habrán hecho mas que pasar de vuestra ternura tutelar á la dulce compañía de la amistad. Mirad tranquilamente á vuestro hijo ó á vuestra hija lejos de vos: dejadlos gozar una infancia cómoda y desahogada, habiendo procurado evitarles rudos trabajos, una tristeza comprimida, una regla fria en la disciplina, la vista frecuente de caras extrañas que los visiten directamente, las grandes rivalidades, los juegos violentos y todos los demás terrores que inspira á una madre la tremenda pintura de un colegio. Al propio tiempo reflexionad, que si no podeis responder de nada de cuanto una buena direccion en la infancia reclama, y si no sois capaces de dirigir su vida futura, como lo habeis hecho en su vida anterior, no debeis temer la prueba y el resultado de la educacion lejos de la familia.

El colegio enseña bien las cosas útiles: la regla, porque la regla mas extricta en la familia es siempre complaciente y desigual; el trabajo, porque el trabajo en la familia se alivia y aun excusa fácilmente; la justicia, porque la justicia mas severa en la familia vá mezclada con el favor; la emulacion, porque todo en el colegio es emulacion, y la que no se despierta á las primeras lecciones ó labores, lo hace en los primeros juegos ó recreos; la sinceridad y lealtad, porque el mayor horror que se manifiesta en los niños es hácia la hipocresía y la delacion; la paciencia, porque los niños son naturalmente traviesos y se atormentan unos á otros; el valor, porque cada uno tiene que defenderse á sí mismo de los demás, y un principio de honor bien entendido impide acudir al socorro del director; la amistad, porque en



el colegio es donde nacen y se afirman las mas intimas y duraderas amistades: en fin, allí se aprende á vivir, porque allí, como en la vida, no se alcanza mas lugar que el que uno mismo se conquista, ninguno se coloca delante sin merecerlo, y el niño, como el hombre, se encuentra frente á una regla inflexible sin otra proteccion que su mérito, su propia voluntad y sus buenas intenciones. He aquí el colegio en su verdadera esencia. Convinceos, madres, de que no es tan duro como se le pinta; que allí se relaja tambien el rigor de la regla; que el director ó directora no son siempre terribles; que la disciplina se duleifica á veces, que el juego y el recreo se mezclan con el trabajo, y que el castigo tiene sus remisiones. El colegio es la vida, pero la vida ordenada con arreglo á la edad del niño: él es para la infancia un mundo, pero un mundo mejor que el propiamente dicho, porque es equitativo y benévolo.

(Se continuará.)

L. R. y P.

#### FIGURAS DEL LENGUAJE.

Despues de haber meditado detenidamente acerca de los medios con que la muger y la profesora pueden, sin ser ilustradas ni mucho menos eruditas, atender á la imperiosa necesidad de corregir incesantemente el lenguaje de sus hijas ó educandas en la edad en que el aprendizaje es tan irregular como expuesto á errores y vicios de difícil correccion mas tarde, hemos creído preferible á ningún otro el de presentar una série de ejemplos que suministren una idea clara de cada una de las figuras y se presten como verdaderos modelos á la aplicacion en ejercicios diarios, aun en la conversacion familiar. Nos hemos decidido por recomendar este medio, porque es el único quizá que sin una vasta y concienzuda instruccion previa y sin un método complicado facilita á la muger un trabajo de la mayor importancia en la educacion intelectual; puesto que no la tiene solo en el sentido gramatical y lingüístico, sino en el ideológico y lógico, toda vez que la claridad, precision y rectitud de las ideas y los juicios dependen

principalmente en la infancia, del lenguaje que les sirve de instrumento y medio de percepcion y expresion.

El lenguaje familiar en las gentes de todas condiciones es bien rico en figuras, verdaderos y naturales modelos que pueden servir de ejemplo acabado en la enseñanza práctica, porque en ellos, mejor que en los estudiados y rebuscados, se halla la espontánea y fiel expresion de los movimientos y afectos del alma, á la vez que los giros mas rectos y conformes al buen sentido. Ejemplos de esta clase deberán emplear siempre la madre y la profesora para referir y conocer por ellos todos los casos en que se usa una misma figura con mas ó menos propiedad; así podrá atenderse á sus términos mas precisos para corregir todas las locuciones y giros que estén exactamente conformes con ellos. Sin embargo de que en este asunto, mas que en ningún otro, hemos procurado huir de toda explicacion doctrinal, nos ha parecido necesario auxiliar la inteligencia de las figuras con una ligera amplificacion de su sentido con todo el laconismo que es dable y que sigue á los nombres y ejemplo de cada una. Prévias estas indicaciones, expongamos, pues, el cuadro de ejemplos que hemos elegido, imitando en su eleccion el pensamiento, muy oportuno, de un célebre autor del pasado siglo, con la diferencia de que nosotros los tomamos de los diálogos frecuentes que se emplean en las relaciones de la infancia con sus padres ó directores en cuanto dice al cumplimiento de las obligaciones domésticas. Los tomamos todos del lenguaje de la madre dirigiéndose á su hija, ó de la profesora haciéndolo á su discípula, porque es lo primero que las niñas tienden á imitar en sus juegos y entretenimientos.

«Si digo que sí, tú dices que nó. Mañana y tarde, dia y noche, has de estar descontenta.» Esta figura es *antitesis*: union de contrarios conceptos, como el del dia y la noche, la tarde y la mañana, el sí y el nó. Es muy frecuente en el lenguaje de la infancia esta figura, como lo es en el de todas las edades y condiciones; pero debe cuidarse mucho de que entre las dos palabras que significan la contrariedad no se interponga otra alguna que la conjuncion que las enlaza.

«Jamás, jamás hay tranquilidad contigo. Mira, mira qué bien se esplica la señorita.» *Repeticion* es el nombre de esta figura que tanto interés y fuerza dá á la expresion del pensamiento y que no admite palabra alguna antes de aquella en que se comete ó



verifica, como son el *jamás* y el *mira* en los ejemplos propuestos.

«Eres una hiena, una furia, cuando te enfadas.» Se llama *hipérbole* esta figura, que consiste en el aumento ó disminución exagerada de la idea culminante en el pensamiento que se trata de expresar. En ella se cuidará muy mucho de que no haya alteración en la propiedad del pensamiento, porque á pesar de la exageración, se comprenda bien por todos. Como en la infancia no se dispone de un caudal de conocimientos tal, que sea fácil expresar un pensamiento en un sentido doblemente figurado, tal cual lo reclama la *hipérbole*, de aquí el que se cometan frecuentes errores, ó mas bien impropiedades en el lenguaje, y resulten los pensamientos poco inteligibles. En estos casos deberá adelantarse el talento de las madres y profesoras indicando á las niñas la palabra que buscan, ó haciéndolas conocer su error, si llegan á cometerlo, para que inmediatamente lo corrijan.

«Pero desgraciada de ella, ¿qué daño te ha hecho?» *Interrogación*: pregunta que se hace, no porque necesitemos la contestación, sino para llamar la atención sobre la falta cometida, que es objeto del pensamiento, al mismo á quien dirigimos la palabra para convencerlo, confundirlo, etc. Esta figura, tan frecuente en los niños, refiriéndola á sí mismos cuando se suponen ó creen inocentes y sufren un castigo inmediato por sus actos, diciendo: «¿pero qué te hago yo?» es una de aquellas en que no hay necesidad de cuidado ni corrección alguna de ordinario, porque bien pronto se acostumbran á emplearla con oportunidad.

R.

### LOS MAS GRATOS AFECTOS.

¡Que existan debajo del cielo personas que se dedican con pasión al cultivo de las plantas de recreo; que se aficianan á las flores hasta con manía, y no quieren á los niños!... ¡Los niños, esas flores dotadas de inteligencia, esas flores cuyo aroma es el amor!

Verdad es que no se ama de una manera igual en todos los momentos de la existencia: no se borran siempre flores bellas en la tela de la vida.

Pero la maternidad no tiene decadencia que temer, porque se acrecenta con la felicidad del niño y se desarrolla con él.

Las demás felicidades pasan pronto; las menos fugaces se gastan con el tiempo y se desfloran por el hábito: solo esta se desarrolla sin cesar, y florece siempre.

¡Qué sentimientos tan sublimes despierta la maternidad!

Oigamos á P. J. Stahl en la *Historia del príncipe y la princesa Floris*:

«¿Cómo no había de tener Floris el sentimiento de la vida eterna? ¿No sentía que iba pronto á renacer en otro sér; que el invierno le preparaba su primavera, y que bajo las hojas muertas de su corazón germinaba en silencio la verdadera flor de su vida?...»

¡Felices las mugeres, su hijo no ha nacido y ya se sienten madres!...

Las personas mas severas comprenderán que cuando Floris llegó á tener en sus brazos, y pudo, en fin, apoyar, ver reposar sobre su corazón y alimentar de sí misma el pequeño sér querido que tantas lágrimas dulces y amargas le había costado, una alegría celestial (las alegrías de todas las madres al ver á su primogénito son dignas de este nombre) animó su semblante y fortificó su alma....»

Yo no sé si es indispensable que la madre amamante con su seno; pero estoy seguro de que debe amamantar con su corazón.

El amor maternal se expresa con una voz, y con miradas, movimientos y ademanes que modelan el corazón del niño.

Cuando se ha dormido en el seno y despierta embriagado de leche; cuando abre sus ojos sonriendo, acalorado y húmedo bajo el brazo que le sirve de nido, sonrosadas por el calor materno las mejillas, sobre todo la que tocaba al seno, como el albérchigo por el lado del sol, ¡ah! decidme, ¿qué rosa, qué fruto, qué flor no le cede en belleza?

Cuando veis su pensamiento nacer, desprenderse de su pequeño cerebro, ¡qué manantial de alegrías, de interés y de emoción! Un alma se manifiesta á vuestros ojos.

El niño despierta al despuntar la aurora, como los pájaros; y cuando es lo llevan al lecho, os llevan la alegría.

Con graciosa coquetería, déjase adorar; recibe todas vuestras caricias y os devuelve pocas. Se le deben, y él lo sabe; ¿os podeis quejar de esto? Cuando fuisteis objeto de igual cariño, hicisteis lo mismo que él ahora: cada uno á su vez.



La primera que un viaje os separa de vuestro niño, os invade la tristeza y sentís profundamente hasta qué punto sois de este pequeño sér.

Dais vueltas en el paseo de una poblacion extraña; sentís malestar, teneis frio y decís: ¡No lo abrazaré esta noche!

Apresurais el paso, y sin embargo teneis mas frio; todo os parece desagradable; ¡qué pueblo tan triste! ¡si no fuera por los negocios!.... Y luego añadís: ¡No lo abrazaré mañana!

¡Qué! ¿mañana tampoco?.... Nó. ¡Ni aun pasado mañana! ¡Oh! entonces os abate el desaliento y no estais muy distante de llorar.... ¡Triste viaje!.... ¡Si de repente pudiérais volver á vuestra querida casa, al hogar de la familia!... A ella vuela vuestro pensamiento y contempla al niño.... Está jugando sobre la alfombra, en el círculo de luz que hace la pantalla de la lámpara; rie con su niñera, y no piensa en vos.... ¡Hace bien! ¿Por qué lo habeis dejado?

Dicese (y conozco muchas madres que se afligen por esto) que los padres quieren á sus hijos mucho mas que los hijos á sus padres.

Lo creo.

Es necesario haber vivido para saber amar.

¿Cómo han de amar tanto los que no han hecho mas que empezar á vivir?

Parece (yo no lo niego) que hay en su afecto un poco de egoismo. Pero como, en una edad tan tierna, este egoismo y este afecto son igualmente instintivos, y la reflexion no tiene parte en ellos, no seria mas razonable estar disgustado del uno que satisfecho del otro.

Menester es aceptarlos como son. Si os aman tanto como pueden amar, ¿qué mas quereis?

Tomad, pues, vuestro partido en este asunto; y tomadlo, teniendo tambien presente esta consideracion:

Puesto que los padres han sido niños, y casi todos los niños serán padres en su dia, este amor verdaderamente infinito que hemos recibido de nuestros padres, y que no hemos sabido devolverles en su infinitad, lo pondremos en nuestros hijos, quienes, á su vez, no sabrán devolvérnoslo, pero lo pondrán en los suyos.

De este modo el amor desciende mas que sube; pero ¿qué importa, si el retorno se hace acá ó allá, y si se vuelve á encontrar la justicia?

Y aunque no fuese así, ¿habria razon para afligirse? Seguramente que nó; porque ¿cuál es mas fe-

liz, el que ama ó el que es amado? Evidentemente lo es quien ama.

A pesar de la confesion que hemos debido hacer de esta desigualdad de afectos, el padre y la madre son tiernamente amados por sus hijos.

Tienen, pues, las dos mayores felicidades que existen: la de ser amados y la de amar. Todo el asunto de su tristeza se reduce á este: solo son amados con ternura y ellos quieren con pasion.

Sí, con pasion.

Y es porque la naturaleza de todas las pasiones, aun las mejores, consiste en ser inquietas é insaciables.

Pero la pasion de los padres no es enfermiza como las demás; antes, por el contrario, es sana. Y mas aun: es la salud del corazon.

Tiene toda la vivacidad del amor, sin acritud ni fiebre, sin incertidumbre ni amargura; es la alegría sin dolores; es el bien sin el mal; es el amor purificado, el amor sin el deseo.

Dice un romancero moderno que hay mugeres cuya dulzura es para el corazon del hombre lo que el suave clima de Niza para los pechos enfermos ó fatigados.—¡Ah! ¡el niño, sobre todo, diré yo, es el dulce sol, el aire ligero, benéfico y saludable que vuelve á dar la vida!

A los rayos de sus ojos y al soplo de su boca renacen todos los buenos sentimientos. El alma se rejuvenece, y en este amor se purifica de todos sus amores malsanos.

El niño es nuestra segunda inocencia.

Solo á los corazones depravados habla mas alto la voz del interés personal que la de la naturaleza. Esto, á Dios gracias, sucede á muy pocas madres.

¡Desgraciada la que ahogue en su alma el sentimiento mas natural, mas poderoso y mas profundo de la muger: el amor maternal!

T.

JULIA.

I.

Figuraos, bellísimas lectoras, porque á vosotras, y solo á vosotras me dirijo, figuraos una jóven de azules y lánguidos ojos, de rubios y sedosos cabellos, de esbelto y flexible talle, y con una vocecita mas dulce que el suspiro de los céfiros de otoño, y que el murmurio de las aguas del arroyuelo que resbala sobre un lecho de flores; añadid á este retrato físico una imaginacion ardiente ali-



mentada por la lectura de las obras de Jorge Sand y Victor Hugo, y tendreis una idea completa de lo que era Julia á la edad de diez y siete años.

Julia era feliz, tan feliz como debe serlo una niña poseedora de cuantas comodidades proporcionan la riqueza y el lujo; pero tenia la desgracia de soñar con los ojos abiertos, y de mirarlo todo á través de una nube sombría.

Creia de buena fé, como todas las románticas habidas hasta la fecha, que era una criatura señalada por la mano de la fatalidad para ser el cáliz de amarguissimos dolores.

Aunque su corazon no estaba herido por las espinas del desengaño, aborrecia á los hombres con todas las veras de su alma.

En obsequio de la verdad histórica, debemos decir que los aborrecia colectivamente, puesto que no desconfiaba encontrar alguno que fuera la personificación del bello ideal de sus febriles ensueños.

Un día, ó por mejor decir, una noche, creyó tropezar con él.

Era una de esas apacibles noches del mes de agosto, en que la mitad de la poblacion santanderina—y aprovecho la oportunidad para deciros el lugar de la escena,—se dirige presurosa hácia el muelle, para respirar el fresco aliento de la perfumada brisa de los mares.

La luna estaba en uno de esos periodos en que sus rayos son tan débiles, que apenas dan testimonio de su presencia.

Julia se paseaba del brazo de su papá, triste y meditabundo como siempre.

En su cabeza bullian los desgarradores recuerdos de las mil desgracias acaecidas á los héroes de sus novelas.

Como identificaba su porvenir con el martirio de aquellos, sufría cual si real y verdaderamente fuera una Lelia, ó cosa que lo valga.

Pero hemos dicho que paseaba del brazo de su padre. Este buen señor, verdadero tipo del comerciante del siglo XIX, jamás habia sondeado el corazon de su hija, porque una barrera de números separaba su pensamiento de aquel tierno pedazo de su alma.

Para él, todo lo que no hiciera relacion al buen ó mal éxito de sus operaciones mercantiles, era una cosa fútil y despreciable.

Sin embargo, cuando apartaba los ojos del bufete y del tanto por ciento producido por sus compras y ventas ordinarias, se convertia en un sincero admirador de la bella naturaleza.

Despojado entonces de su corteza metálica, su corazon tenia algo de artista.

Oigamos, si nó, las palabras que dirige á la taciturna Julia en la noche á que hacemos referencia.

¡Qué hermosa es una noche de verano en un puerto

de mar! Mira, Julia, mira esos millares de puntos luminosos que bordan ese inmenso azul de los cielos, y que reflejan las tranquilas aguas de nuestra bahía, blandamente rizadas por el dulce soplo del viento; mira ese vapor blanquecino que como una imperceptible gasa flota sobre la arboladura de los buques; escucha el quejido armonioso de las olas que lamen la ribera, y el canto lejano de los pescadores, y dime, hija mia, si todo eso no es muy hermoso.

¡A la otra puerta!

Julia seguia abismada en sus meditaciones, y no se apercibió de los arranques poéticos del autor de sus días.

En aquel momento, á la brillante luz de un farol de gas, vió cruzar una figura humana de largas melenas, de escuálido semblante, y en cuya nariz aguileña iban caballerós unos lentes, contemporáneos del inmortal Francisco de la Torre.

Un prolongado suspiro, que debia partir del seno de aquella siniestra aparicion, hirió el alma de la sensible Julia.

Sus ojos se clavaron en los quevedos del desconocido, y por la primera vez de su vida sintió latir su corazon apresuradamente.

¡Era él!

Si; era él sin duda alguna: Julia reconoció al instante las melancólicas facciones del fantasma de sus delirios. Aquella frente sellada por el infortunio, aquella barba reclinada sobre el pecho, y aquel andar magestuoso y grave, eran para ella señales tan infalibles, que en el instante quedó convencidísima de haber hallado su media naranja, ó lo que es igual, la encarnación de la vaporosa imágen que adoraba su fantasía cuando remontaba el vuelo por las regiones del idealismo.

El jóven de los quevedos volvió á pasar rozando su vestido con el de Julia, en la misma actitud melancólica que antes.

Un nuevo suspiro, mas profundo que el anterior, puso en alarma todo el sistema nervioso de la pobre chica.

Dos horas despues se la veia en su gabinete recostada en una butaca, con la mirada fija en el techo, mientras que por su pálida megilla se deslizaba una lágrima silenciosa.

Esta era la primera gota de rocío depositada sobre la flor de sus amores.

## II.

Ha dicho no sé quién, ni por qué motivo, que las lágrimas son la sávia del corazon humano.

Las mugeres la vierten con una prodigalidad innecesaria, y esa es la causa de que muchas de ellas tengan



el corazón seco, vacío, cuando apenas han llegado á la primavera de la vida.

Creem algunos que la pícará riqueza de sentimiento con que las dotó naturaleza, tiene la culpa del mal uso que hacen del tesoro de sus lágrimas.

Yo no lo creo, ó por lo menos lo dificulto mucho.

Hay mugeres que lloran y rien con la misma facilidad que manejan el abanico.

Y otras que, deseando adquirir reputacion de almas sensibles, lloran á cada momento por la cosa mas insignificante.

Las primeras tienen en el llanto un auxiliar poderoso, que las sirve á las mil maravillas en las mas difíciles situaciones.

Las segundas, una máscara con la cual imaginan enganar á todo el mundo, sin comprender que se engañan á si mismas.

Aquellas son por lo regular excelentes discípulas de la escuela del coquetismo, que desconocen hasta el significado de la palabra *sentimiento*.

Estas, hipócritas del peor género posible, que pasan los mejores años de su juventud depositando ofrendas en aras de la tontería.

Las mas pueden conducir al hombre á la desesperacion, y de la desesperacion á la muerte.

Las otras, con su continuo gimoteo, producen la mas terrible de las enfermedades conocidas: *el hastio*.

Si me dieran á escoger entre una coqueta y una tonta, no vacitaria en la eleccion; prefiero una muger que me haga sufrir, á otra que me produzca sueño.

Esto, no obstante, á poderlo remediar, os aseguro que me quedaria sin ninguna.

Queda probado que el lloro de las mugeres, lo mismo puede ser hijo del sentimiento que del cálculo, de la costumbre ó de la hipocresía.

Perdonad, mis queridas lectoras, la franqueza de mi lenguaje, si estos principios no estuvieran conformes con vuestras ideas; si por ellos he de merecer vuestro implacable encono, lo siento en el alma; yo bien quisiera hacerme acreedor á vuestra amable sonrisa, mas bien que á vuestro mortal resentimiento; pero soy vuestro sincero amigo, y nunca me perdonaria el que de mi mano recibierais la copa de la adulacion con que os brindan los necios á todas horas.

Por otra parte, mis creencias respecto á la sensibilidad femenina, no son tan absolutas que las tenga por infalibles.

Si alguna de vosotras me hiciere ver lo contrario, prometo abjurar públicamente mis errores, y convertirme en apologista del sentimiento del bello sexo.

Este cambio de frente humillaria mi perspicacia, tratándose de cualquier otro asunto.

Pero al recordar que grandes celebridades han per-

didado los libros en el estudio enigmático de vuestro misterioso corazón, me consolaria fácilmente en mi ignorancia.

Desde la mas remota antigüedad hasta hoy, ha poblado la tierra multitud de profundos filósofos.

Quisiera ser erudito para citaros sus nombres y sus obras.

Cada uno de ellos ha desdoblado un pliegue del corazón del hombre, para enseñarnos una deformidad ó una belleza.

Gracias á sus continuas observaciones, poseemos hoy un sinnúmero de ciencias para conocer á nuestros semejantes... casi tan bien como á nosotros mismos.

Ahí está la frenología, por ejemplo, que no me dejará mentir.

Pues bien: esos genios que nos legaron tantos prodigios; esos gigantes pensadores, á quienes la humanidad es deudora de tantas verdades, dieron todos por las paredes cuando, por su desgracia, penetraron en el enmarañado laberinto del corazón de la muger.

Todos, al tratar de tan interesante materia, padecieron lamentables equivocaciones de mas ó menos bulto.

Luego no es extraño que yo, pobre de mí, llegue á perder la brújula en un mar donde tan altas capacidades naufragaron.

Este pensamiento debe haceros indulgentes para conmigo.

Si al trazaros la historia de Julia incurro en algunos errores psicológicos, atribuidlos en parte á la dificultad de comprenderos.

Dispensadme tambien el que me separe algunas veces del principal objeto de mi narracion, para tener con vosotras un ratito de sabrosa plática.

Yo bien sé que las digresiones son un defecto imperdonable cuando la claridad de los acontecimientos no les justifica.

Pero, ¿qué quereis? ellas son mi comidilla, como vulgarmente se dice, y por mas que haga me será imposible retenerlas en el tintero.

Empecé este capítulo con propósito de satisfacer vuestra natural curiosidad, explicándoos la causa del lloro que regaba la tierna megilla de la sensible Julia.

Y os acordareis que la dejamos retirada en su gabinete, á solas con sus recuerdos y bajo la honda impresion de los dos melancólicos suspiros que conmovieron su alma aquella noche.

Cansada al fin de meditar, Julia enjugó sus lágrimas.

En el instante en que aplicaba á sus ojos el rico pañuelo de batista, se presentó su doncella Luisa, para preguntarle si se le ofrecia alguna cosa.

Esta era una trasmerana frescota y de buen humor, que no tenia mas defectos conocidos que una charla-



tanería sin límites y un ardiente deseo de casarse.

Al notar que su señorita lloraba, se acercó para informarse del motivo de su aflicción.

Entonces comprendió Julia que su llanto debía tener alguna causa, y trató de investigarla.

Pero fué inútil cuanto hizo para dar con ella.

Contra su costumbre, la solícita servidora plegó sus labios, y no preguntó mas acerca del asunto.

El prolongado silencio de su ama, la hizo ser prudente por esta vez.

Ayudóla á desnudar, le dió las buenas noches y se retiró.

Por mas sensible que sea, deciroslo, y por mas que sea prosaico y de mal gusto, es fama que Julia durmió tan á pierna suelta como la criatura mas feliz del universo.

Ya era bien entrada la mañana, cuando la despertó la voz de Luisa, que venia á servirle el chocolate.

(Se continuará.)

#### COMPENSACIONES PROVIDENCIALES.

Los pobres creen que los ricos disfrutan de todos los bienes sin compartíroslos, y que su dicha no se acibara con nada. ¡Cuánto se equivocan! Todos tienen sobrados motivos para llorar, tanto los ricos como los pobres, y muchas veces mas aquellos que estos.

Un día, refiere un sábio escritor amigo de todos los que sufren, un día visité á una señora muy rica que tenia espléndidos trenes y contaba numerosos criados, porque poseia una fortuna de unos treinta mil duros de renta. ¿Queréis saber cuáles fueron sus palabras al saludarla?.. Pues me dijo con profundo desconsuelo: «Ved, amigo mío, soy la muger mas desgraciada del mundo.»

Empezó á decirme que hacia algunos años pasaba los días y las noches llorando y en una lucha horrible con las tentaciones de su desesperacion, porque despues de haber perdido un esposo á quien amaba tiernamente, todos sus hijos estaban sosteniendo pleitos ruinosos, los unos contra los otros, y el mas pequeño, jóven aun, se habia entregado á una vida de completo desórden. ¡Tan triste era el estado de una muger que tenia treinta mil duros de renta!

Mil ejemplos de esta clase podrian citarse.

Los sufrimientos de los ricos no se parecen en nada á los de los pobres: son menos materiales, menos palpables, pero mas profundos, mas amargos y penetrantes. No consisten en privaciones corporales, en las angustias del frio y el hambre; pero no cabe duda que causan dolores terribles, angustiosos sufrimientos al corazón. La refinada educacion que reciben los ricos triplica su sen-

sibilidad, y los lleva á tal grado de ella, que basta un solo temor para alejar su dicha y turbar para siempre la tranquilidad de su existencia.

No sucede así á los pobres. La bondad de Dios, que los ama, dulcifica para ellos las amarguras de las penas que afligen á los ricos. La experiencia lo dice bien alto. El tormento principal del obrero es la privacion material y la dureza del trabajo diario. Acostumbrado á una vida ruda, conserva una sencillez que le hace hallar la alegría en las menores distracciones. El rico está extragado, en nada goza: los placeres mas seductores no traen para él, aun desde su juventud, mas que lágrimas. Para el pobre el menor bien es un tesoro, el menor fruto un regalo y el menor goce un verdadero placer. En esto consisten las compensaciones providenciales. Todo está perfectamente combinado; pero no se sabe, en verdad, qué se verá mas de cerca, si la riqueza trayendo la dicha, ó la condicion mas humilde, ó una trabajosa medianía, como la que el Hijo de Dios, nuestro Redentor, eligió para sí mismo, para su Madre y para sus Apóstoles, cuando llegó el día de su Encarnacion y nos manifestó á Dios sobre la tierra.

C.

#### LA FELIZ ADOPCION.

(Continuacion.)

Pamela padeció mucho de los dientes á los siete años de edad, en cuya época tuvo una languidez que le duró mas de un año. Felicia, para cuidarla mejor, la hizo acostar todo este tiempo en su habitacion. Pamela, viendo la inquietud de Felicia, procuraba ocultarle sus padecimientos y largos insomnios. Felicia se levantaba muy á menudo, la tomaba en brazos y la daba de beber; Pamela jamás recibia semejantes cuidados sin derramar lágrimas de ternura y reconocimiento, y rogando con instancia á Felicia que se acostase pronto, le decia: «Dormid, mamá; vuestro sueño me hace bien; cuando vuestra respiracion me hace ver que estais dormida, sufro mil veces menos.»

No habia sentimiento noble que fuese extraño al corazón de Pamela, aun aquellos que parecen no deber ser sino el fruto de la reflexion y de la educacion. Apenas se acordaba de Inglaterra, porque amaba mucho á Felicia; pero no olvidaba que era inglesa, y conservaba hácia su patria una inclinacion, tanto mas virtuosa, cuanto que no hubiera podido sin desesperacion considerar la necesidad de volverse á su pais. Un día (tenia ya ocho años) Felicia escribia, y á su lado jugaba tranquilamente Pamela. Se estaba entonces en guerra contra Inglaterra; de repente oye Felicia el ruido del cañon, escucha y ex-



clama: «He aquí tal vez el anuncio de una victoria sobre los ingleses.»

Al decir estas palabras miró á Pamela, y su sorpresa fué extrema, viéndola palidecer, sonrojarse y bajar los ojos. En aquel momento entraron muchas personas en la habitación; se acababa de avisar que la sopa estaba servida. Pamela parecía temblorosa y turbada, y Felicia, queriendo leer completamente el fondo de su alma, dijo: «Es menester saber por qué han tirado ese cañonazo: me lisonjeo de que habremos batido á los ingleses.»

Apenas acabó Felicia de pronunciar estas palabras, Pamela, deshecha en lágrimas, se precipitó á los piés de aquella, exclamando: «¡Ah, mamá, perdonad mi dolor! Yo no quiero menos á los franceses, pero he nacido en Inglaterra!»

Este arranque, tan singular en tan poca edad, conmovió profundamente á Felicia. «¡Hija mía, le dijo, un instinto sublime te inspira mejor que lo haría la razón! Creyendo cometer una falta, llenas un deber sagrado! Conserva siempre á tu patria, á la de tus padres, ese interés tan tierno! Ama á los franceses como debes; pero no olvides jamás que la Inglaterra es tu patria.»

Estas palabras reanimaron á Pamela y la alegraron: aquella misma noche, antes de acostarse, añadió á sus oraciones esta: «¡Dios mío! haced que los ingleses y franceses no se aborrezcan y que nunca se hagan daño.»

Con tan buen corazón, era imposible que Pamela no tuviese una piedad sincera y tierna. Cierta de que Dios la veía y la oía en todos los instantes de su vida, jamás cometía faltas sin pedirle perdón con lágrimas del arrepentimiento mas verdadero. Pero antes de implorar este perdón, ella misma se acusaba á Felicia. «¿Podría Dios perdonarme, decía, si yo no tuviese confianza en mamá? Por otra parte, ¡me pesa tanto una falta cuando mamá la ignora! y además, ¡es tan dulce abrir su corazón á aquellos á quienes se ama!... Mamá me impondrá tal vez una ligera penitencia, pero hablará y razonará conmigo; elogiará la sinceridad de su Pamela; la abrazará mil veces, y esta noche, cuando yo la pida su bendición al acostarme, me la dará con mas ternura aun que de ordinario, si es posible.»

Después de estas reflexiones, Pamela se echaba en los brazos de su madre, y en ellos encontraba el premio de su candor y de su afecto.

No pudiendo separarse de su bienhechora, prefiriendo á todo otro placer el de estar con ella, aun sin hablar, en su habitación, mientras que Felicia leía, escribía, tocaba ó cantaba, Pamela se divertía en silencio y sin hacer el menor ruido. Sin embargo, de cuando en cuando se levantaba suavemente y de puntillas, se aproximaba á Felicia, la abrazaba, y se volvía á su sitio. Mas de una vez, dejando bruscamente sus juguetes, se precipitaba llorando en los brazos de Felicia, y le decía: «En

vez de jugar, pensaba en vos, mamá, en vuestros beneficios.»

Hablando así, caía Pamela á los piés de su bienhechora, le abrazaba las rodillas, y con la expresión apasionada de toda la energía del sentimiento y de la gratitud, recordaba todo cuanto le debía.

Una criatura tan extraordinaria y tan simpática no podía llegar á ser una persona vulgar: así Pamela, á los diez y siete años, justificó todas las esperanzas que su infancia había hecho concebir. Tenía la instrucción y las habilidades que sientan bien á una mujer. No había labores que no hubiese aprendido y que no supiese hacer; podía igualmente pasar sin bordadora y modista; dibujaba bien; pintaba perfectamente flores y tocaba muy bien el arpa, habilidad en extremo interesante para ella, porque la debía exclusivamente á su madre, que había sido su única maestra.

Pamela era aficionada á la lectura, y á la historia natural y á la botánica. Tenía hermosa letra, y en cuanto á su estilo, no se había experimentado dificultad para formarlo; con un alma tan delicada, ¿podría escribir sin gusto ó faltarle vigor é imaginación? Había conservado la ingenuidad y todas las gracias de su infancia, maneras halagüeñas, una jovialidad franca y comunicativa, y la dulzura llena de atractivo que le ganaba todos los corazones. Como la diversion favorita de su infancia había sido ejercitarse en correr y saltar, gozaba de una excelente salud; aunque sus facciones eran delicadas y su tallo delgado y ligero, tenía, no obstante, una fuerza asombrosa. Era imposible adelantar en la carrera, y nadie andaba mejor ni bailaba con mas gracia que ella. A todas estas cualidades unia una bondad que jamás se desmintió. Trabajaba con frecuencia en secreto para los pobres; merecía el elogio que un autor moderno ha hecho de una reina infortunada, se podía decir de Pamela: «Que mostraba las virtudes dulces y benéficas que la filosofía enseña á los hombres y que la naturaleza dá á las mugeres.»

Natalia, de siete años de edad mas que Pamela, alternaba en la sociedad hacia ya algunos años; y así como su hermana Camila, hacia la dicha de su madre. Esta felicidad tan pura fué turbada por un acontecimiento que causó á Felicia la mas justa aflicción. Tenía una hermana política llamada Alejandrina, que por sus virtudes y talentos era la delicia de su familia. Atacada hacia seis meses de una enfermedad de languidez, que desde luego no se había considerado peligrosa, Alejandrina tomó la resolución de ir á pasar un año á las provincias meridionales. Felicia experimentó la doble pesadumbre de ver partir á su madre con Alejandrina. Esta virtuosa madre consintió en separarse de su hija y en soportar las fatigas de un triste viaje y las penas de una larga ausencia, por seguir á una nueva y prodigarle los cuidados



que le eran necesarios. ¡Ay! llevaba al menos esperanzas consoladoras; pero pronto las perdió. El viaje aumentó los males de Alejandrina. En fin, los síntomas más funestos acabaron de arrebatarse todo resto de esperanza.

Felicia, informada por su madre de estos dolorosos pormenores, procuraba todavía halagar alguna esperanza, cuando recibió una carta concebida en estos términos:

N.... y noviembre de 1782.

«¡Todavía existes!... ¡pero quizá cuando recibais esta carta, no existirás! Oh, hija mía! ¿Qué será de vuestro desgraciado hermano?... ¿Qué será de mí misma con su dolor y el mío?... ¡Y me hallo á doscientas leguas de vosotros!... Esta criatura angelical que vamos á perder, no la conocíamos sino imperfectamente; en una vida tranquila y afortunada, como era la suya, no podría mostrar toda la brillantez de las virtudes sublimes que posee. No teneis idea de su valor, de su piedad, de su paciencia, de su perfecta resignación. Os había yo dicho que ella se engañaba respecto á su estado: yo estaba en el error. Ella lo conocía, aun antes de partir de París; se lo dijo entonces en secreto á su doncella, y yo he sabido este pormenor por Julia misma.

«Para dulcificar el horror de nuestra situación, la infortunada quería por lo menos persuadirnos de que conservaba la ilusión que hemos perdido; pero ayer se hizo traición á sí misma. Estando á solas, me ha dicho que deseaba recibir los Sacramentos pasado mañana, y que rogaba lo anunciase á su marido con las preocupaciones necesarias para no alarmarlo: en seguida cayó en un profundo delirio. A fin de distraerla de sus reflexiones, le dije que os escribiría esta mañana; y al oír estas palabras, pareció querer confiarme alguna cosa, y observé que vacilaba. Yo le estreché sus manos en las mías, preguntándole si deseaba encargarme algo para vos.

«Sí, me respondió. Una inquietud me atormenta, y es esta: Sabeis que á los trece años tuve la desgracia de perder á mi madre, y que entonces me pusieron en el convento: pocos días después, una pobre mujer parálitica me llamó al locutorio, y me hizo saber que mi madre, durante los últimos años de su vida, la había mantenido. Yo abracé á la desgraciada mujer llorando, y desde entonces la he tenido á mi cuidado. Dignaos, mamá, dignaos recomendar esta mujer á mi hermana y decirle de mi parte que mi amistad se la encargó. Julia os dará las señas: hacéd el favor de enviarla mañana á mi hermana.»

«No pude responderle sino con lágrimas. Alejandrina me besó la mano con una expresión que me desgarraba el corazón. En el mismo instante, la perrita que conocéis y que ella quiere tanto, Zemira, quiso subirse á la cama, y yo la tomé. Vuestra hermana se incorporó para besarla. ¡Pobre Zemira! dijo: mamá, sois aficio-

nada á los perros, y os la doy: prometedme conservarla siempre.» No dudo que sabreis apreciar tales rasgos. ¡En el momento de dejarlo todo, pensar en todo y no olvidar nada!... ¡A los veinte y cuatro años, hermosa, feliz, gozando la mayor consideración, á punto de separarse para siempre del esposo más amado, de un hijo encantador, de una tia querida que fué á la vez para ella una bienhechora generosa y la amiga más amable!... en fin, consumando el más doloroso sacrificio, conservar una humanidad que tanto mueve el corazón, ocuparse en asegurar la suerte de la infortunada de quien era único apoyo, ocuparse también en pormenores de que una ligera enfermedad bastaría para distraer á cualquiera otra persona, y ni aun olvidar su perral! Ah, cómo no admirar una bondad tan previsora y un valor tan heroico!... Adios, hija mía. Os envío el único consuelo que puedo ofreceros en este momento: las señas para buscar á la pobre mujer que tan dulce os será ver y cuidar.»

Luego que Felicia hubo leído esta carta, pidió su carruaje, y acompañada de Pamela, se hizo conducir á la calle del Taubourg-Saint-Jacques, donde vivía la pobre mujer, llamada Madama Busca, conocida en su barrio con el nombre de la Santa Mujer. La admiración de Felicia y Pamela viéndola y oyéndola, fué igual á la lástima que les inspiró. La desgraciada parálitica tenía las piernas y las manos enteramente consuntas. Sus dedos, horriblemente alargados, parecían dislocados y habían perdido toda forma humana. Su semblante nada tenía de horrible ni disforme, pero sí una extenuación y una palidez sorprendentes. No podía levantar ni volver la cabeza: la llevaba caída hacia el pecho; y sin embargo, en este horroroso estado, por espacio de diez y siete años había conservado todo su conocimiento y toda su razón. Permanecía acostada en una grande habitación, dispuesta con aseo, y un venerable eclesiástico estaba sentado al lado de su cama.

Felicia, al entrar se dió á conocer como cuñada de Alejandrina. Al oír estas palabras, la pobre mujer levantó los ojos al cielo, y al mismo tiempo su rostro se cubrió de lágrimas. «¡Ah, señora! exclamó, ¡qué ángel teneis por hermanal... ¡Es muy jóven, y sin embargo, hace once años que me suple en todo!... ¡Si supiéseis, señora, qué cuidados he recibido de ella!—¿Venía muy con frecuencia á veros?—Antes de su matrimonio, como no podía salir del convento, hacía yo que me llevasen tres veces cada semana á su locutorio; entonces pedía ella permiso para pasar la reja, con el fin de estar más cerca de mí, y me traía su almuerzo, preparado por ella misma. Como yo no podía servirme de mis manos, me daba de comer con las suyas; pero ¡con una bondad!... ¡con una atención!... En fin, señora, ¿sabeis la mayor penitencia que podía imponerle su aya? Pues era decirle;



«Mañana no dareis de comer á Madama Busca, la sirviente yo sola.» Entonces se hacia obediente como un cordero. Me honraba siempre llamándome madre, y queria que yo la llamase mi hija; pues bien, cuando el aya no estaba contenta de ella, yo la llamaba *señorita*. La interesante niña no podia llevar esto á bien; las lágrimas corrian por su mejillas, y se apresuraba á pedir perdón á su aya... Llorais, señoras, prosiguió la buena muger; ¿qué seria si os dijese todo lo que ha hecho por mí despues de su matrimonio? ¡Una jóven y hermosa dama como ella, venir cada dos ó tres dias á encerrarse horas enteras con una paralítica!... Me traia telas, frutas, dulces, y á menudo me leia un capítulo de los Santos Evangelios... Sabeis, señora, que ella canta divinamente. Un dia le rogué que cantase. «No sé mas, me dijo, que feas canciones mundanas, que no agradarian á mi madre; pero aprenderé para ella algun bello cántico.» En efecto, cuatro ó cinco dias despues, vino á cantarme muchos villancicos, ¡tan lindos!... ¡En verdad, señora, que yo creia ver, me parecia oir á un ángel!... Otra vez hizo traer su arpa, y tocó para mí mas de dos horas.... Pero esto no es todo: ya veis el estado en que me hallo; es necesario que sepais tambien que todos mis miembros están doloridos y deformes, y que no paso semana sin sufrir convulsiones terribles. Si no fuese por daros á conocer á vuestra digna hermana, no me atreveria á entrar en semejantes pormenores....—¡Ah! hablad, interrumpió vivamente Felicia derramando abundantes lágrimas; hablad.—Pues bien, señora, repuso la muger, la caridad cristiana de aquel ángel querido era tal, que no hay servicios que yo no haya estado obligada á aceptar de ella. Por ejemplo, puesto que lo ordenais, os diré que no se me puede cortar las uñas sin hacerme experimentar un extraordinario sufrimiento, á menos que no se haga con extrema agilidad; y he aquí el cuidado de que ella se encargaba por lo regular.... Seguramente, señora, que habreis notado sus pequeñas manos tan blancas y delicadas, ¡pero ignorais que todas las semanas aquellas preciosas manos lavaban los piés de una pobre enferma!....»

(Se continuará.)

#### FABRICACION DEL PAN.

En una poblacion considerable, la economía resultante del consumo de pan de segunda calidad en vez del blanco, en una casa donde hay numerosos criados, no es de muy grande importancia; y el descontento que ocasiona la sustitucion del primero por el segundo, puede alejar á los buenos sirvientes y llegar á ser indirectamente una causa de desorden. No hay duda de que es conveniente la costumbre, generalizada en Madrid y en

las grandes ciudades, de adoptar el pan blanco para los criados como para los amos; y aun conviene dejarlo á discrecion de la gente de casa, siempre con la condicion de que no lo desperdicien.

**Eleccion de las harinas.** En los pueblos pequeños y en el campo, es casi siempre necesario que el pan se haga en la casa. Ordinariamente el ama de la casa manda hacer el pan con harina de su cosecha; y como en este caso, conoce la calidad del grano, la de la harina y el rendimiento en pan de una cantidad dada de harina, puede concertar las condiciones de la fabricacion del pan. Jamás deberá mandar moler de una vez una gran cantidad de grano; el grano, principalmente en los fuertes calores del verano, se conserva siempre mucho mejor que la harina.

Cuando, para hacer el pan en la casa, haya que comprar la harina, será necesario escogerla muy suave al tacto, que tenga un ligero color amarillo claro, que se trabe, sin deshacerse inmediatamente, luego que se comprima una pequeña cantidad en el hueco de la mano: tales son los caracteres de la harina de trigo de primera calidad. La de segunda es menos blanca; tiene un color amarillo mas oscuro, y cae en polvo, aunque se intente trabarla en la mano. En la harina de calidad mas inferior, que los molineros y panaderos llaman *harina picada*, se distingue una multitud de puntos grises, de los cuales le viene su nombre.

La harina de centeno, mas que la de trigo, conviene tomarla recientemente molida, lo que se conoce en el olor que le es propio, parecido al de la violeta, y que lo pierde cuando se añeja.

En muchas localidades se hace el pan con una mezcla de harinas de trigo y centeno: las proporciones varían desde un cuarto á un tercio de harina de centeno. Lejos de empeorar el pan, una cantidad moderada de esta harina mejora su calidad; lo hace menos blanco, pero de un gusto mas agradable, sin quitarle nada de sus propiedades nutritivas. No conviene, como se hace comunmente, moler juntos el trigo y el centeno; el pan de estas dos harinas crece mas y es mucho mejor, cuando se unen durante el amasijo.

**Agua y sal.** Para la fabricacion del pan es menester emplear agua muy pura y exenta de todo mal gusto: la de manantial ó de rio, designada con el nombre de *agua viva*, es la mejor de todas; y donde quiera que se pueda procurar, debe ser preferida. La sal se emplea disuelta en el agua con que se hace la masa; la dosis varia segun los gustos y los usos locales. La primera agua con que se empieza el amasijo, no debe estar salada, porque la sal impediria que la masa creciese convenientemente; se añade poco antes de concluir la operacion.



**Levadura.** Sabido es que el pan debe sufrir un movimiento de fermentación determinado por alguna sustancia; el fermento generalmente usado es un pedazo de masa reservado de la hornada precedente y compuesto de raeduras de la artesa, á las cuales se añade una pequeña cantidad de harina, á fin de darle la consistencia de una pasta muy firme, y por consiguiente amasada con muy poca agua. Esta pasta está envuelta en una tela y conservada al fresco, para que no fermente antes del momento en que debe servir para la panificación.

En los países donde la cerveza es la bebida mas usada, la levadura se reemplaza ordinariamente por la espuma de este líquido; pero esta espuma ofrece graves inconvenientes, en razón de los cuales se debe preferir la levadura; pues por poco que haya sufrido la influencia de una tempestad ó siquiera de un viento húmedo y caliente, la espuma de cerveza está muy expuesta á torcerse; hace entonces el pan mas ó menos amargo; la masa crece mal, se desmenuza y forma una pasta pesada y compacta. La espuma de cerveza solo la usan los panaderos de oficio, principalmente para preparar la masa de los panecillos de capricho. La víspera del día en que se debe cocer el pan, se deslie la levadura en agua caliente ó fria, segun la estación; en verano se le añade el tercio de la cantidad total de harina que debe ser panificada, y la mitad en invierno. La fermentación que se produce inmediatamente se estimula en invierno empleando agua caliente y envolviendo la levadura en una cubierta de lana; se modera en verano empleando agua fria, y colocando la levadura descubierta en un sitio fresco.

Cuando la levadura está en su punto para la panificación, debe haber casi duplicado de volumen, tomando una forma convexa; es elástica, y rechaza la mano cuando se apoya encima; si se echa un pedazo en agua, flota: la masa debe tener un olor vinoso muy pronunciado.

**Amasijo.** Preparada la levadura, se coloca en un hoyo abierto en la harina que la artesa contiene; se empieza por trazarla con la mitad del agua, teniendo cuidado de no dejar que se formen grumos; luego se añade el resto del agua y se le incorpora la totalidad de la harina. Despues se practican hoyos con los puños en la masa, y se procede formalmente á la operación del amasijo. La masa, varias veces, será extendida sobre todo el fondo de la artesa, batida, apretada, replegada sobre si misma y extendida de nuevo, de manera que todas sus partes se mezclen bien. Entonces se le añade la sal en una pequeña cantidad de agua fria reservada al efecto. Cuanto mas trabajada está la masa, de mejor calidad resulta el pan; el amasijo no debe ser lento ni precipitado; se ha de ejecutar con la mayor regularidad posible.

Cuando se juzga que la masa está bien hecha, si es invierno, se la deja reposar durante media hora sobre una mesa, en un sitio donde reine una temperatura suave; en verano se procede sin demora á la división de la masa. Se pesan los pedazos de masa para formar panes



de un peso determinado, teniendo en cuenta la merma que produce la evaporación de una parte del agua durante la cocción. La merma es próximamente la octava parte del peso en los panes de cuatro libras, y mayor relativamente cuanto menor es el peso de cada pan.



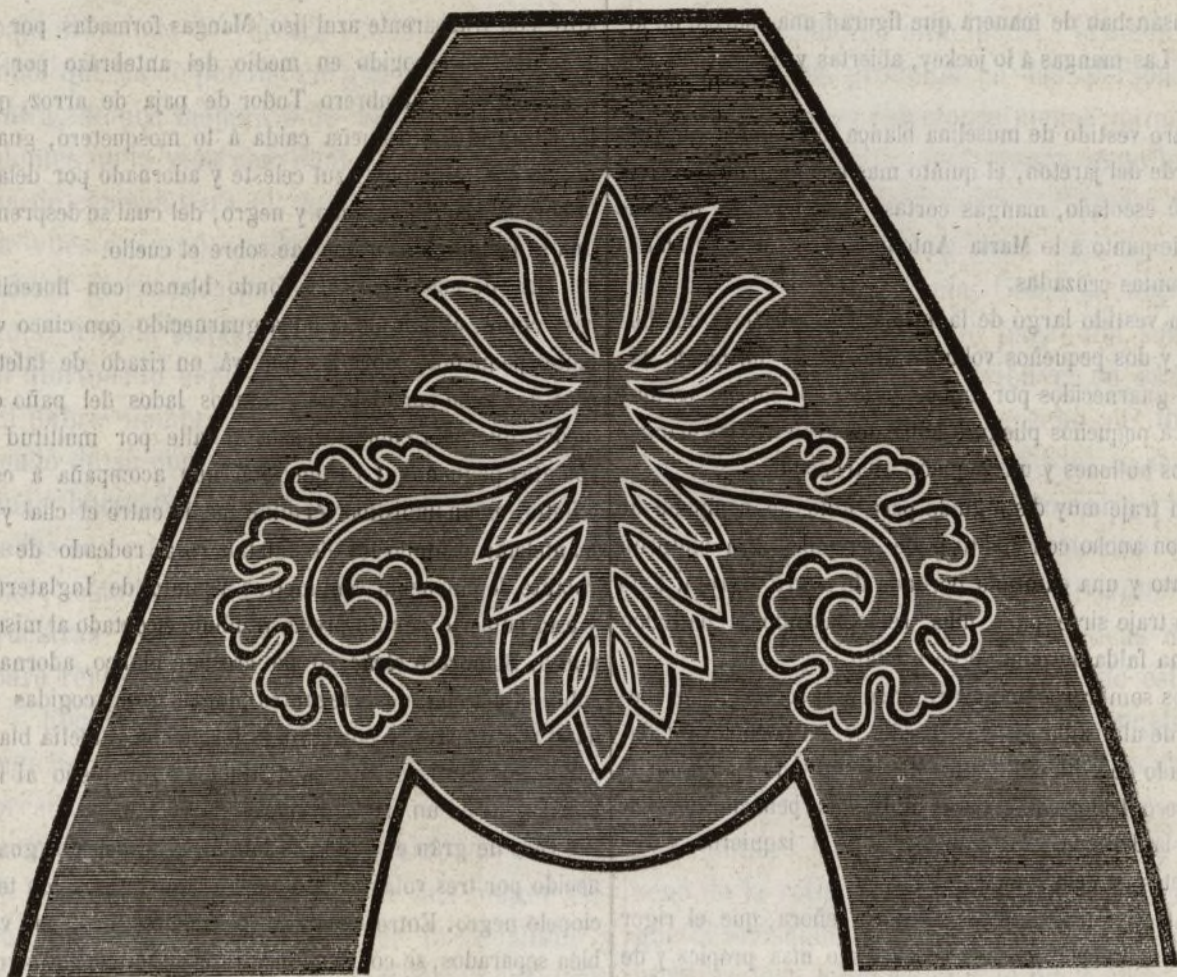
Cualquiera que sea la forma que deban recibir los panes, se empieza siempre por hacer bolas con los pedazos de masa, y cuando estén formados se colocan en cestas forradas de lienzo grueso por el interior: estas cestas son muy preferibles á las artesillas de madera que se usan en muchas partes.

Para que crezca la masa en verano, se deja reposar al aire libre; en invierno, se colocan los panes en las cestas cerca del horno, y se les extiende por encima una cubierta de lana; el hábito enseña á conocer el

grado de fermentacion que debe haber sufrido el pan antes de cocerlo.

Cuando se hace pan con mezcla de harinas de trigo y centeno, se siguen exactamente para la panificacion los procedimientos y manipulaciones que hemos indicado; pero se incorpora primero á la levadura toda la harina de trigo, y últimamente la de centeno con la sal; sin esta condicion, la masa creceria menos y el pan tendria peor calidad.

(Se continuará.)



#### ZAPATILLA PARA SEÑORA.

El dibujo representa la pala y el talon, y se ha de ejecutar sobre piel color de castaña ó avellana, cordoncado de oro: es una labor sencilla, pero de un gusto delicado: tambien se puede ejecutar con aplicacion color de amapola ó encarnado, verde y azul. Para conseguir en este trabajo que la piel quede limpia y brillante, se traslada el dibujo á un papel, que se aplica á la piel, sobre el cual se cose el cordon ó la aplicacion que se desea. Luego que

se haya concluido, se quita el papel con cuidado, para que nada quede entre el cordon.

#### MODAS.

Vamos á empezar nuestra reseña de modas, haciéndonos cargo de algunas novedades infantiles que preocupan ordinariamente á las madres tanto ó mas que pueden



hacerlo las de su perfecta toilette; pues aunque no sujetas á tan frecuentes variaciones, nunca dejan de tomar un carácter bien distinto en cada época ó estación del año, y siempre forman un objeto de preferente atención para las madres de familia. Los trajes más aceptados en el día son:

**Para niña.** Vestido de pelo de cabra blanco, cuadrillado de negro, haciendo peto por delante del cuerpo á la falda. Sobre todo el delantero lleva botones de pelo de cabra, rodeados de una guarnición azul picada. Otra semejante rodea el cuello, y un botón igual á los anteriores adorna cada lado de la espalda. El cuerpo vá todo guarnecido con tiras de tafetan azul, de las cuales dos ensanchan de manera que figuran una especie de almilla. Las mangas á lo jockey, abiertas y con botones encima.

Otro vestido de muselina blanca con cinco pliegues al borde del jareton, el quinto más grande que los otros: cuerpo escotado, mangas cortas, y encima un pequeño chal de punto á lo María Antonieta, lana azul y blanca con puntas cruzadas.

Un vestido largo de la misma tela, que lleva dos bullones y dos pequeños volantes alternados formando tablas y guarnecidos por ambos lados. El cuerpo es muy lindo, á pequeños pliegues entre dos grandes: las mangas con dos bullones y un pequeño guarnecido.

Un traje muy distinguido para niño, se compone de pantalon ancho con dos tiras de terciopelo, un cinturón de punto y una camiseta bordada de negro ó rojo. Este mismo traje sirve para niña, reemplazando el pantalon por una falda de piqué ó de tafetan.

Los sombreros de más rigor son: el sombrero de Clotilde, de ala caída en sus bordes y un poco levantada, adornado con plumas de dos matices al lado izquierdo; el sombrero Tudor, de paja de Italia con penacho negro y rojo á la derecha, pluma de garza á la izquierda y los casquetes de crin y paja.

Entre los trajes de efecto para señora, que el rigor de la estación ha hecho aceptar como más propios y de gusto para los diferentes objetos de la toilette, deberemos llamar la atención de nuestras lectoras sobre los siguientes:

Vestido de barés chiné, gris; falda con muchos volantes pequeños, guarnecidos de verde, con un adorno verde sobre cada uno de los volantes. Chal parecido al vestido en su adorno, sobre todo la punta pequeña, que ha de caer sobre la grande. Cinturón verde y sombrero de paja de Italia, adornado con una corona de anémonas, frutos y lazos de cinta negra.

Otro de gasa blanca con volantes guarnecidos con listas de seda negra, que parecen atravesar la tela: cinturón ancho, blanco y negro; sombrero de crin blanco, adornado con musgo verde y pedrería negra.

Otro de pelo de cabra gris con rayas blancas, adornado en el bajo con un gran plegado guarnecido por ambos lados por un biés de tafetan verde y adornos semejantes en todas las costuras. Sombrero de crespon blanco, adornado encima y debajo con rosas rojas y follaje.

Uno de los trajes más propios de la estación que pronto nos abandona, y que es de una elegida elegancia, consiste en vestido de muselina blanca con pequeñas motas bordadas sobre trasparente azul: la falda vá guarnecida de tres órdenes de volantes pequeños festoneados, subiendo en curva sobre el paño de adelante con un lazo azul de cada lado. El cuerpo de muselina fruncida, casi alto, con trasparente azul liso. Mangas formadas por un gran bullon recogido en medio del antebrazo por un brazalete azul. Sombrero Tudor de paja de arroz, que forma atrás una pequeña caída á lo mosquetero, guarnecido con terciopelo azul celeste y adornado por delante con un penacho blanco y negro, del cual se desprende una gran pluma azul que cae sobre el cuello.

Otro de gasa de seda, fondo blanco con florecitas rosa chiné: el bajo de la falda guarnecido con cinco volantes pequeños, sobre los que vá un rizado de tafetan rosa que sube por delante y ambos lados del paño del medio, que está cubierto hasta el talle por multitud de volantes pequeños. La confección que acompaña á esta toilette, es un lindísimo término medio entre el chal y la manteleta: el fondo es de tafetan rosa, rodeado de un volante de cincuenta centímetros á punto de Inglaterra, y está cubierto por un precioso dibujo ejecutado al mismo punto. Sombrero *cloche*, ó de crespon blanco, adornado sobre el ala con dos elegantes plumas rosa, cogidas en llano por un lazo, y cuyo rizado forma una camelia blanca: la misma disposición se reproduce en pequeño al interior y es de un efecto gracioso.

Otro de gran efecto es de tafetan azul celeste, guarnecido por tres volantes con cabeza, que lo está con terciopelo negro. Entre cada uno de los volantes, que van bien separados, se colocan cinco tiras de terciopelo negro: las mangas anchas, abiertas por delante con un volante, al que se sobreponen tiras iguales á las de la falda. A esta toilette se agrega un chal ó manteleta de encaje negro, sombrero de paja de arroz con pluma azul celeste cogida por un lazo de terciopelo negro: bavolet de tul cubierto de terciopelos negros.

Otro de piqué hecho á la Gabriela, blanco, con floreado malva; una ancha tira malva lisa vá á la orilla del bajo del vestido y otra igual guarnece el medio de la manga en el sentido del ancho: gruesos botones de piqué lila liso guarnecen el centro del vestido y de la manga á lo largo de la tira de piqué.

EMILIA R. y R.

MADRID 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1861.